La casa que no era

[Cuento - Texto completo.]

Katherine Mansfield

“Dos al revés, dos al derecho, el-hilo-por-delante-de-la-aguja y coger dos puntos a un tiempo.” Como una vieja canción, como una canción que hubiera repetido tantas veces, que no tuviera sino que exhalar la voz para cantarla, iba musitando las rutinas del ganchillo. Otra camiseta casi terminada para el paquete de las misiones.

—Sus camisetas, señora Bean, son algo que tiene tan buena acogida. Mire a estos pobrecillos bichejos sin un trapo —y la esposa del pastor le había mostrado la foto de unas repulsivas cosillas negras con vientres abultados como limones…

“Dos al revés, dos al derecho.” Dejó caer el tejido en el regazo, dio un gran suspiro y se quedó mirando ante sí un momento. Luego volvió a cogerlo y empezó de nuevo. ¿En qué pensaba cuando suspiraba así? En nada. Era su costumbre. Siempre estaba suspirando. Cuando iba por la escalera, sobre todo. Ya bajara o subiera, solía detenerse, y, alzándose el vestido con una mano, la otra en el barandal, se quedaba mirando los escalones y suspiraba.

“Elhilopordelantedelaaguja…” Se sentó junto a la ventana del comedor que daba a la calle. Era un desagradable día de otoño. El viento corría por la calle como un perro flaco. Las casas de enfrente parecían haber sido recortadas con unas malvadas tijeras de acero, y pegadas sobre el papel gris del cielo. No se veía un alma.

“Y coger dos puntos a un tiempo.” El reloj dio las tres. ¿Nada más las tres? Si casi parecía que estaba obscureciendo. La penumbra del atardecer penetraba en la habitación, flotaba en ella pesadamente, y como un polvo sombrío se iba depositando sobre los muebles y cubriendo el espejo de una leve película. Ahora el reloj de la cocina dio la hora; con dos minutos de retraso. Pero el del comedor era el reloj que regía, no el de la cocina. Estaba sola en la casa. Dollicas había salido de compras. Salió a las dos menos cuarto. La verdad, cada día se hacía más cachazuda. No se sabía en qué pasaba el tiempo. Porque para comprar un pollo no se necesita tanto. Y, ¡ay!, esa costumbre suya de dejar caer de golpe los cercos del fogón cuando encendía el fuego… Al pensar en aquella mala costumbre de Dollicas, frunció los labios como lo venía haciendo desde hacía treinta y cinco años.

Un leve ruido llegó desde la calle; un ruido de herraduras de caballos. Y ella se echó hacia delante para ver. ¡Dios santo! Era un entierro. Primero iba la carroza encristalada rodando muy apresuradamente con el féretro reluciente de barniz en el interior (pero sin coronas). En el pescante tres hombres y dos de pie en la trasera. Luego algunos coches, unos con caballos negros y otros con caballos castaños. El polvo, voltijeando a lo largo de la calle, casi ocultaba la comitiva. Ella se puso a escudriñar las casas de enfrente, para ver si alguna tenía las cortinas echadas. Y qué horribles aquellos hombres también. Reían, bromeaban, y uno de ellos, inclinándose hacia afuera, se sonó la nariz con el guante de luto. ¡Espantoso!

Recogió la labor y quedó con las manos ocultas tras ella. Dollicas sin duda lo sabría. Ya pasaban… debía de estar al final de la calle.

¿Pero qué era aquello? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué podía significar eso? ¡Que Dios nos asista! Y su viejo corazón se puso a saltar como un pececillo, al darse cuenta de que la carroza encristalada se detenía ¡frente a su puerta!, mientras que los hombres del pescante bajaban de un salto, abrían la trasera para sacar el féretro vacío, y el más alto de todos, con una mirada de asombro a las ventanas, entraba apresuradamente, cautelosamente, por el camino del jardín.

—¡No! —gimió.

Pero sí, el aldabonazo había resonado ya y la había alcanzado. Por un momento la dejó anonadada. ! Abrió la boca jadeante, un escalofrío glacial la estremeció toda, e hizo que le temblaran las manos y las rodillas. Vio que el hombre retrocedía un escalón, para mirar de nuevo hacia las ventanas con mirada inquisitiva, y después…

—¡No! —gimió.

Y tambaleándose, asiéndose aquí y allá, pudo llegar a la puerta antes de que la llamada se repitiese. Abrió, y con el mentón tembloroso y los dientes entrechocando, pudo de una u otra forma exclamar:

—¡No es ésta la casa!

—¡Ah! —el hombre quedó sorprendido. Cuando ella iba a entrar ya, vio tras de él, en la puerta del jardín, un conciliábulo de sombreros de copa.

—¿No es ésta la casa? —murmuró el hombre.

Ella solo tuvo fuerzas para corroborarlo con un movimiento de cabeza. En el momento de ir a cerrar, el hombre sacó a relucir de los faldones de su levita un libro de notas negro con cantos de latón, y apresuradamente lo abrió.

—Número veinte. Glorieta de Shutleworth.

—Ésta es la calle. La glorieta está a la vuelta de la esquina —la mano de la vieja señora se alzó para señalar, pero cayó temblorosa.

El hombre se había quitado el sombrero, mientras la anciana cerraba la puerta. Una vez que la hubo cerrado se recostó contra ella sollozante.

“Que se vayan, que se vayan.”

—¡Cloqueti-cloc-cloc! ¡Clue! ¡Clue! ¡Cloqueti-cloc-cloc! —se oía fuera.

Luego un leve cluc, cinc. Después silencio. Se habían ido. Habían desaparecido. Pero todavía permaneció apoyada contra la puerta, mirando fijamente al vestíbulo, la vista clavada en el perchero, semejante a una enorme langosta con perchas por antenas.

No pensaba en nada, ni siquiera pensaba en lo que había ocurrido. Era como si hubiese caído en una cueva cuyos muros fueran de tinieblas.

Volvió en sí con una honda conmoción interna, al oír el ruido de la puerta del jardín al abrirse, y unos pasos breves y apresurados que hacían crujir el cascajo; sería Dollicas que se dirigía presurosa hacia la puerta trasera; no debía encontrarla allí. Y, vacilante como la llama de una vela, volvió al comedor y ocupó su sitio junto a la ventana.

Dollicas estaba en la cocina. ¡Clang! Ya había dejado caer el cerco de hierro sobre la chapa. Luego su voz:

—Acabo de poner al fuego la tetera, señora.

Desde que se habían quedado solas, había tomado la costumbre de gritar de una habitación a otra. La anciana tosió para tranquilizarse y dio una voz:

—Haga el favor de traer el quinqué.

—¿El quinqué? —Dollicas vino por el pasillo y se quedó junto a la puerta—. Pero si son apenas las cuatro…

—No importa —dijo la señora Bean tercamente—. Tráigalo.

Y momentos después, la vieja sirvienta aparecía llevándolo cuidadosamente con ambas manos. Su ancho y blando semblante tenía la expresión que adoptaba siempre que llevaba algo en las manos, y avanzaba como si anduviera en sueños. Lo puso sobre la mesa, bajó la mecha, la alzó y tornó a bajarla otra vez. Luego se enderezó para mirar de frente a su señora.

—Pero, ¿qué es lo que está pisando? Era la camiseta para las misiones.

Y Dollicas, mientras se agachaba para recogerla, pensaba: “La pobre señora ha estado durmiendo. Todavía no está despierta del todo.” Y ciertamente, parecía estar aún medio dormida. Cuando cogió el tejido se le escaparon todos los puntos de una aguja y empezó a deshacer lo que había hecho.

—No olvide la nuez moscada —dijo. Su voz sonaba delgada y seca. Estaba pensando en el pollo para la cena. Dollicas lo comprendió así, y, mientras bajaba las cortinas antes de volverse a la cocina, repuso:

—Es un ave muy tierna y muy hermosa.